

**Usos de las nociones “oligarquía”
y “clases dominantes”
en la historiografía mendocina
y su aplicación en estudios sobre prácticas
y representaciones de la muerte
(Fines del Siglo XIX y principios del XX)¹**

Rosana Aguerregaray Castiglione
FFyL- UNCuyo
Argentina

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo problematizar las categorías de “elite”, “oligarquía” y “clase hegemónica o dominante” a partir de sus usos historiográficos en el contexto local (Mendoza). La elección de esta cuestión se vincula con mi proyecto de investigación², en cual se plantea como uno de los objetivos específicos la reconstrucción de las representaciones y prácticas funerarias de la alta sociedad mendocina, abarcando un arco temporal comprendido entre 1887 y 1935. De este modo, indagamos en cómo fueron reglamentadas desde el Estado, en un momento clave dada la construcción de esta institución en estrecha vinculación con la Iglesia, y la repercusión que tuvo la tensión entre ambas en las costumbres mortuorias. De tal forma, analizamos la influencia que tuvo el proceso de laicidad en las prácticas funerarias tanto en la esfera privada como pública de dicho grupo social. No obstante, no sólo nos centraremos en el modo en que fueron disciplinadas *desde arriba* estas prácticas privadas, sino también en las rupturas/continuidades y modificaciones que se produjeron *desde abajo*, es decir, desde las propias prácticas de los sujetos que pertenecían a dicho grupo y entramado social. Para ello utilizamos un corpus documental heterogéneo compuesto de protocolos, material visual, vestigios materiales, normativas, artículos de prensa y revistas, que serán abordados desde un enfoque histórico cultural.

A raíz de esto consideramos necesario analizar el sentido y el uso de estas categorías para reflexionar si deberíamos utilizar estas nociones *a priori*

sobre el objeto de estudio, y en ese caso definir cuál de ellas resulta más adecuada; o si, por el contrario, resultaría más operativo que el estudio de las prácticas y representaciones nos permitiera definir los grupos prominentes desde un tipo propio de variables socioculturales.

En primer lugar haremos referencia a los debates vinculados con esas categorías a nivel general, tomando como punto de partida las propuestas de Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, para luego, analizar cómo se han utilizado dichas categorías para referirse al grupo dirigente nacional por la historiografía especializada en el periodo de construcción del estado nacional decimonónico, para lo cual se hará referencia a los aportes señeros de Natalio Botana, Jorge Sábato y Leandro Losada. En un segundo momento, analizaremos cómo han sido aplicadas estas nociones en la historiografía local, basándonos en los estudios de Rodolfo Richard Jorba, Beatriz Bragoni, Ana María Mateu, el mismo Leandro Losada y Adolfo Cueto. Si bien la mayoría de estos estudios también se focalizan en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se consolida el estado provincial al ritmo del estado nacional, integraremos análisis que adoptan perspectivas de largo plazo que pueden abarcar no sólo todo el siglo XIX sino poseer un carácter multiseccular, intentando articular los grupos preeminentes desde la colonia hasta los comienzos del siglo XX.

1. Cuestiones generales acerca de las categorías de “elite”, “oligarquía” y “clase dominante”, y su uso para asignar a la clase dirigente nacional

Los conceptos de “elite” y “clase hegemónica” presentan algunas similitudes, pues tanto desde la teoría clásica de las elites ³ como desde la tradición marxista, han sido definidos como un grupo reducido, limitado, organizado, ubicado en la cúspide de la pirámide social y que administra las relaciones para el resto de la sociedad. La diferencia más relevante radicaría en que en la “elite” las bases del poder se asentarían en lo político mientras que en la “clase dominante” lo harían en lo económico (Losada 2009 10).

De este modo, la “clase dominante” sería entendida como un actor colectivo, que tiene conciencia de su existencia y posee un grado de conflicto interno menor que con las otras clases y, como ya mencionamos, su dominio

“descansa fundamentalmente en su relación de propiedad con los medios de producción (Losada 2009 9). Mientras que el concepto de “elite” provendría de la dimensión política, siendo los fundadores de dicha “teoría” los italianos Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto.

En este sentido, según Mosca, en toda sociedad habría dos tipos de sujetos, “los que gobiernan” (elite) y “los que son gobernados” (masas). El primer grupo estaría compuesto por un mínimo de sujetos, quienes ejercerían las funciones políticas y controlarían el poder, gozando de las ventajas de éste; además, estos actores dirigirían por recursos más o menos legales y dependiendo de las circunstancias, al segundo grupo, que sería el más numeroso. De este modo, aquél considera que “la sociedad es dominada en interés de la minoría por medio de la manipulación y la violencia” (Bachrach 33). Además, considera que los sujetos que integrarían a la clase gobernante presentarían la cualidad de ser trabajadores intensos y ambiciosos, lo que se vinculaba a la idea de la “lucha de la preeminencia” y que de sus resultados dependerán quienes serán o continuarán integrando esta clase (Burnham101-102); a estas cualidades, se le sumaría cierto grado de insensibilidad, el origen y las circunstancias de dichos individuos (Burnham 103).

Como se ve, en un primer momento, Mosca entiende por “elite” a una minoría organizada y cohesionada por sus objetivos, en donde sus actores poseerían ciertas cualidades intelectuales, materiales o morales lo que explica el carácter dominante y hereditario de la misma. A esta noción opone la categoría de “masa”, entendida como la mayoría de la población que no se encuentra organizada y no presenta las cualidades de elite (Bachrach 34). Pero precisamente estas mismas particularidades de la elite (en especial su carácter hereditario) la llevarían a su propio “fin”, siendo necesario, de este modo, que dicho grupo *refleje los cambios económicos, sociales, intelectuales y religiosos de la sociedad* y que se base en un sistema abierto permitiendo un continúa modificación de las clases gobernantes y de la regulación de éstas a través de las instituciones (Bachrach 37).

Estas consideraciones llevan a que el autor, en un segundo momento, modifique la forma de entender a la “elite” (o clase gobernante, pues lo emplea como sinónimos), dejando atrás la antigua noción y comenzando a definirla como “*varias minorías organizadas y sometidas a impulsos diferentes y antagónicos*”.

El énfasis se desplaza de la manipulación y explotación de las masas por parte de la élite, a la limitación y control de estas dentro de la clase gobernante, mediante la conjunción de fuerzas políticas diferentes en instituciones distintas y antagónicas (Bachrach 39-40).

Más tarde Pareto agregó a los postulados de Mosca, la teoría de la circulación de la “elite”, pero desde un corte más social, en este sentido, emplea el término de elite haciendo referencia no sólo aquellos sujetos que ocupan tareas vinculadas al acto de gobernar (como Mosca), sino también aquellos sujetos sociales que poseen ciertos poderes o privilegios, diferenciándose de las masas y que pueden vincularse o no con el gobierno, de este modo, fusiona la idea de clase política con la idea de “elite social” (Burnham 99). Consideró en dicha teoría dos instancias, la de “innovación o apertura” y la de “consolidación o clausura”. La primera de ellas, permitiría la renovación dentro del grupo, mientras que la segunda, “le quitaba legitimidad y la precipitaba en la crisis” (Losada 2009 10). Pero por otro lado, también de dicho autor deriva la consideración de entender la noción de “elite” en plural; de tal modo, podrían haber tantas elites como dimensiones en la sociedad: elite económica, política o intelectual, en las cuales, tanto su afinidad como sus bases y capitales podrían variar y ser particulares para cada una y, por ello, no sólo la coincidencia podría determinar las relaciones entre los grupos de poder sino también las diferencias (Losada 2009 10-11).

Para el estudio del grupo dirigente nacional y su relación con la configuración del estado en la Argentina, los autores han apelado a diversos conceptos con el objeto de referirse al sector que habría definido las principales decisiones de ese proceso. Así, por ejemplo, basándose en los autores anteriormente mencionados, Leandro Losada opta por el término de

“elite” y no por el de “clase hegemónica”, ya que considera que la definición de este último ligado a la tradición marxista, no ha sido del todo consensuada, mientras que “elite”⁴, como ya mencionamos, tiene connotaciones más vinculadas a la dimensión política y social que es la que a él le interesa abordar en sus investigaciones. En este sentido, este autor hace alusión a que la alta sociedad⁵ porteña (de la *Belle Époque*) constituyó un “actor colectivo”, ya que sus integrantes compartían una forma y estilo de vida (pautas culturales, ritos, pasatiempos, modas, costumbres refinadas y distinguidas, ámbitos y vínculos sociales exclusivos), que les daba cohesión, lo que les permitía identificarse como grupo social de pertenencia, así como también, diferenciarse de los otros sectores sociales (Losada 2009 21-22). Este grupo no consistía en un círculo cerrado, estrecho, homogéneo, sino que, por lo contrario, estaba caracterizado por la heterogeneidad. El punto de contacto estaba dado a través de la vida social y cultural de los sujetos, mientras que su poder político, económico y su sofisticación cultural podían variar, de esta forma, los puntos de vinculación entre sus miembros eran “los orígenes familiares, las tramas del parentesco, las referencias culturales y el mundo social, todas condiciones que delineaban [a la alta sociedad] como un personaje colectivo frente al resto de la sociedad” (Losada 2009 21-22).

Otra de las categorías empleadas ha sido la de “oligarquía”, tal como se ha planteado en el ya clásico trabajo de Natalio Botana (1986). Según este autor, dicha noción haría referencia a un grupo que actuó en el campo político durante las últimas décadas del siglo XIX, cuando era necesario poseer un cierto poder económico para acceder a los cargos políticos; de este modo, el poder económico y político se fusionaban para producir la preeminencia. Botana realiza un recorrido histórico del concepto, mencionando que en la época antigua este hacía alusión a la “corrupción de un principio de gobierno: la decadencia, entrevista por los filósofos, de los ciudadanos que no sirven al bien de la polis, sino al interés particular de su grupo social” (71-72). Este recorrido le permite concluir que el término ha sido utilizado de diferentes modos de acuerdo al momento histórico, e indica que el análisis de la

“oligarquía” ha sido abordado, al menos, desde tres perspectivas. Una primera, que entiende a este grupo como una “clase social dominante”⁶, determinada por su capacidad de control económico; una segunda, que la considera un “grupo político”⁷ representativo en donde se producen conflictos internos; y una última, que la vincula a una “clase gobernante”⁸ integrada por actores políticos “notables” (73). Cada una de estas visiones habría ido definiendo a la “oligarquía” como un actor colectivo haciendo énfasis en una determinada dimensión, ya fuera esta económica, política y/o social.

No obstante ello, Botana se ocupa particularmente de la dimensión política de la “oligarquía”. Entiende por esta noción una minoría con posición privilegiada en la composición social que controla el poder, a lo cual suma el logro grupal de autogarantizar su hegemonía, eliminando toda posible oposición, ya fuera porque sus miembros pautaban las reglas de sucesión o porque estas reglas no existían (74). En relación con esta hegemonía, Botana plantea dos posibles hipótesis, por un lado, que esta no era percibida como tal por los integrantes de la “oligarquía”, por el otro, que era percibida tanto por el pueblo como por la oposición, de lo que se desprende (en relación a lo planteado por Alberdi), que “la oligarquía puede ser entendida como un concepto que calificará un sistema hegemónico gubernamental [...] antes y después de 1880” (75).

En el caso de Jorge Sábato, emplea el concepto de “clase dominante” para referirse al grupo hegemónico que concentró el poder económico durante la Argentina moderna (1880 - 1914), centrándose en el caso de Buenos Aires (10). El autor dice abordar el estudio de dicho grupo no sólo desde el aspecto de la posesión de la tierra (como comúnmente ha sido analizado), sino también del dominio que ejercieron sobre las actividades comerciales y financieras, lo que le habría permitido a la burguesía terrateniente situarse como clase dominante. Esta conformación de grandes latifundios implicó que su grupo poseedor se “apropiaría privilegiada y concentradamente de la mayor parte de los excedentes generados por la economía, constituyéndose así en la clase dominante de esa sociedad” (27). Pero además, esta situación se habría dado

junto con la consolidación de un modelo capitalista de país que, a su vez, habría estructurado a las diversas clases sociales vinculadas con este modelo. El autor emplea, entonces, el término de “clase dominante” para designar a los grupos que controlaron el poder económico y político durante fines del siglo XIX y principios del XX (10).

Para el estudio de grupo dirigente provincial la historiografía local han empleado las diversas categorías mencionadas, intentando establecer vínculos teóricos y empíricos con los estudios centrados en el nivel nacional. Así, por ejemplo, la categoría de “oligarquía” planteada por Botana ha sido retomada en los trabajos de Rodolfo Richard Jorba, Beatriz Bragoni y Ana María Mateu, como veremos.

2. Las categorías en la historiografía local

2. a. Elite

La noción de “elite” ha sido tratada por diversos autores, entre ellos cabe mencionar a Rodolfo Richard Jorba (2010), Beatriz Bragoni (1999), Leandro Losada (2009, 2010) y Adolfo Cueto (1998). En general, reconocen que la “elite” consiste en un círculo reducido (aún en el caso de Mendoza) cuyos miembros comparten rasgos similares en cuanto a sus actividades económicas, políticas y culturales. Además, consideran que este grupo basa sus relaciones en lazos sociales estrechos y en redes de parentesco. Sin embargo, no consistiría en un grupo cerrado sino que, por el contrario, sus límites serían flexibles tanto como para permitir el ingreso de nuevos sujetos.

En el caso de Richard Jorba (2010), en sus trabajos emplea el concepto de “elite” o “grupo dominante”, haciendo referencia a un grupo reducido con cierto privilegio, que desempeñaba sus actividades comerciales y políticas en el escenario de la ciudad (en la primera mitad del siglo XIX). Sus integrantes habrían estado vinculados por relaciones sociales estrechas o parentales, lo que les habría permitido poseer poder tanto económico como político, con lo cual, ambas esferas se tornarían indefinibles a los fines analíticos (1). De este modo, los miembros de la elite se habrían conservado “dentro del sistema de

alianzas que garantizara una alta probabilidad de triunfo, lo que, a su vez, les habría permitido mantener el poder y sus privilegios” (17).

Por su parte, parecería que para Bragoni (1999) los límites de la “elite” habrían sido permeables (al menos para el caso que ella estudia de principios del siglo XIX), ya que los miembros de la familia González (vía de abordaje elegido por la autora), habrían logrado a través de sus estrategias y recursos integrarse a la elite económica y política de la época a pesar de no ser una familia tradicional. En este sentido, “la historia de los González indica en qué medida la élite mendocina experimentó re-acomodamientos internos importantes en la primera mitad del siglo XIX” (Bragoni 1999 244). Así, si bien los integrantes de la familia González participaron en el campo político, esta intervención habría presentado variados matices, pues “si el perfil político de Benito en las primeras décadas del siglo XIX eran realmente bajo, el de su hermano Lucas por el contrario no fue tanto” (Bragoni 1999 252), al igual que su adhesión política. De este modo, “la política de la parentela no impedía que sus miembros pudieran verse seducidos por diferentes propuestas políticas” (Bragoni 1999 256), pero las diversidades estaban siempre enmarcadas en líneas políticas más o menos pautadas. No obstante, posteriormente, esta familia logró consolidarse en un solo grupo político debido a los avatares que se produjeron hacia la década de 1870.

Bragoni, en su investigación, se centra en el análisis de la formación de los grupos de poder local y su influencia en la conformación de la elite política nacional, de este modo, analiza las redes de relaciones que fueron utilizadas como recursos de los miembros de la familia González para dominar las prácticas económicas y políticas, pero también aborda el universo cultural y social, las “prácticas individuales y colectivas [...] que definen la manera en que los individuos (y la parentela) se adecuaban o no al conjunto de normas” (Bragoni 1999 116).

Por su parte, Losada utiliza el concepto de “elite” aludiendo a los “círculos gravitantes de la sociedad” (Losada 2009 9). Cuando se ocupa de la elite mendocina, hace referencia a una “elite” económica (para el siglo XIX) y otra política, aunque sostiene que los intereses de ambas se solaparon, ya que

sus actores integraban en varias oportunidades ambos grupos. El autor manifiesta el carácter “abierto” de la elite mendocina; de este modo, la “elite viñatera contó en sus filas a familias tradicionales pero también a otros de origen inmigratorio, (...) algunos provenientes de orígenes humildes y otros, en cambio, contaron con capitales iniciales acumulados, en general, en el comercio” (Losada 2009 147).

A diferencia de lo planteado por los autores mencionados, Cueto postula que la “elite” parte de un concepto de excelencia, una minoría selecta en donde sus miembros se destacarían en algún rol o función determinada, y que ésta, no podría ser realizada por el resto de la sociedad. De tal forma, esta minoría no es tal sólo por su cantidad sino también por su calidad. El autor va a centrarse en el estudio de la “elite política”, para referirse a aquellos sujetos que pertenecían a la alta sociedad y que lograban perdurar en el poder por sus vínculos de sangre y por sus lazos matrimoniales (8-10). Cueto, al igual que Losada, plantea que puede haber diversas elites, en donde sus miembros se interrelacionan y conviven⁹, de este modo, hay elite intelectual, militar, política, económica. Además, dentro de la categoría de elite, además, pueden darse subcategorías (10).

Otro punto de diferencia con los autores anteriormente citados, es que Cueto considera que la “elite” es un grupo cerrado,

lo crítico de la elite no es su existencia sino la alteración funcional que los miembros pueden darle en atención a intereses minoritarios. Situaciones que en general se ejemplifican con enquistamiento, falta de movilidad, perpetuidad en la función sin tener en cuenta la calidad y el aislamiento de todo aquel que no responda a los intereses particulares (14).

Cuando se produce dicha situación el autor entiende que se ha dado una deformación llamada “oligarquía”. En este sentido, plantea que un sistema oligárquico estaría dado cuando la “clase capitular” (1561 - 1810), se transforma en “familias capitulares”, siendo sus miembros los que dominarían el poder político, económico y social (18), y si bien dentro de este grupo podrían aparecer nuevos miembros y otros desaparecer, estos serían una

continuidad del grupo fundacional (19). En relación a lo dicho, creemos que entiende a la “elite” como un grupo homogéneo sin conflictos internos y en donde sus integrantes poseen los mismos objetivos, cohesionándolos, y que si bien aparecen nuevos actores, estos están vinculados al grupo tradicional. Cueto plantea que durante el periodo independiente no se produjeron grandes cambios y si bien cambian los actores, la “elite mantiene intacto su poder y presencia” (26).

Si bien los autores emplean la categoría de “elite” con connotaciones similares, consideramos que cada autor da mayor énfasis a determinadas cuestiones de acuerdo a la línea de su trabajo. De este modo, Richard Jorba hace mayor hincapié en la dimensión económica de la “elite”, mientras que Losada insiste en que el punto de contacto de estos actores reside en su modo y estilo de vida, el cual se encuentra en estrecha vinculación con la dimensión económica y política. Por su parte, Bragoni engloba la postura de los dos autores anteriormente mencionados, ya que analiza los capitales económico, político y social, lo cual complejiza el objeto de análisis. Por su parte, Cueto mantiene una postura más disímil con el resto de los autores mencionados, ya que entiende por la “elite” un grupo homogéneo que perdura a lo largo de los siglos, sin grandes alternaciones, y en donde sus intereses no se ven modificados.

2. b. Oligarquía

La categoría de “oligarquía” ha sido utilizada en los trabajos realizados por Rodolfo Richard Jorba y Beatriz Bragoni (1998)¹⁰, Adolfo Cueto (1998) y Ana María Mateu (2004). Este término ha sido empleado para hacer referencia a dos grupos diversos (pero con características similares) desarrollados en diferentes momentos históricos; no obstante, el significado del término como un grupo reducido hegemónico que garantizaba su sucesión es compartido por los autores. Estos no emplean el término de la forma convencional, entendida como un grupo homogéneo, impermeable, compacto y sin conflicto internos (Losada 2008 17-18), excepto los estudios realizados por Cueto.

Richard Jorba y Bragoni, tomando como punto de relación la obra de Botana¹¹, hacen referencia a que la “oligarquía” consistió en un grupo reducido ubicado en la cúspide de la sociedad y que controlaba el poder. Sus miembros garantizaban la sucesión en los puestos políticos, asegurando su perdurabilidad en el poder, y de este modo, evitaban todo posible triunfo de la oposición (27). Los autores aluden a que para el caso de Mendoza con posterioridad a la batalla de Pavón, se evidenció en el seno de la “elite”, una conformación oligárquica, al modo planteado por Botana para la dirigencia nacional (28).

Según Richard Jorba (2010), este subgrupo denominado “oligarquía”, habría estado integrado por “familias ricas y notables que establecieron una verdadera simbiosis entre lo público y lo privado, entre el poder económico y el político”(4). Ello habría implicado un sistema hegemónico en el cual no se produjeron grandes cambios durante varias décadas. Progresivamente, los miembros de “oligarquía”, que provenían de la actividad comercial, habrían ido controlando la económica y los cargos políticos, logrando comandar a la “elite” y, de este modo, excluyeron a la oposición, que también provenía del seno mismo de este grupo. Creemos que a partir de la conformación de lo que el autor considera “oligarquía”, emplea este término como sinónimo de “elite” pero no de forma equivalente pues la “oligarquía” constituía la “elite” pero esta no constituía toda la “oligarquía”:

en la década de 1870 ya se perfilaba nítidamente un conflicto en el interior de la elite, vinculado con la modernización y extensión de los servicios estatales [...]. Dentro del grupo oligárquico, un núcleo modernizante claramente liberal, seguidor del ideario sarmientino, estaba integrado por políticos-empresarios con mentalidad definitivamente burguesa (4).

Los actores políticos pertenecientes a este núcleo, de carácter liberal en lo económico y conservador en lo político, conformaron la Mendoza moderna agroindustrial. Según el autor, este grupo consolidó el poder oligárquico y dirigió a la “elite” durante fines del siglo XIX y principios del XX (5-6).

Al igual que Richard Jorba, Mateu utiliza el concepto de “elite” como sinónimo de “oligarquía”, aunque su uso también es diferente, ya que lo emplea de forma excluyente para hacer referencia al grupo dominante anterior a 1880, y que posteriormente, integró parte de la burguesía vitivinícola, esto es, el “grupo de familias tradicionales, que sus orígenes se remontaban a la época colonial y controlaban el poder, y después, de la revolución, continuaron en el poder en los cargos del Estado” (248).

Según, la autora el término de “oligarquía” ya era empleado por la prensa local de la época y por el mismo Lucio Funes.¹² No obstante, luego de los cambios producidos durante la década de 1880, la autora comienza a emplear el término de “sectores dominantes”, quienes se basaron en un poder político cerrado, “propio de una democracia restringida” (271), que no permitía la participación popular. En su descripción, este grupo estaba integrado por sujetos de cierto prestigio, ligados a las familias tradicionales, aunque también por actores que no pertenecían a esas tramas parentales y habían adquirido cierta importancia en la sociedad de la época. Estos gobiernos fueron denominados “gobiernos de familia”, en tanto el poder político, económico y estatal estaban estrechamente vinculados (274).

En ese sentido, según Bragoni, la historiografía regional definió a estos grupos de poder como “gobiernos de familia”, considerando que se trataba de un régimen político basado en lealtades personales de parentesco y amistad, entendiendo este tipo de lazos como recursos y mecanismos de control y dominio político (Bragoni 255-256).

En el caso de Cueto, el autor entiende que la “elite” se transforma en “oligarquía” cuando sus miembros impiden la participación de otros grupos sociales y, de este modo, establecen un sistema elitista hereditario, basado en los lazos matrimoniales y consanguíneos, los que les permitía perdurar en los distintos ámbitos de poder (14). Él considera que después de la batalla de Pavón (1861) y hasta 1918 se constituyó la “oligarquía”, utilizando dicho concepto como sinónimo de “elite” o “gobiernos de familia” (29). Durante esta etapa, este grupo pasó por tres instancias; una primera, en donde se consolidó; una segunda de auge; y una última, de crisis (29). A su vez define la

expresión “gobiernos de familia” para hacer alusión a las prácticas de un grupo minoritario, cuyos miembros son descendientes de las familias tradicionales y se encontraban vinculados por lazos familiares que les permitieron ocupar los cargos públicos en los diferentes gobiernos (30). Además, sus miembros se caracterizaron por ser cultos e instruidos, por lo cual “se arrogan el derecho único de la capacidad para gobernar. Entienden que el poder les estaba reservado por ser la élite” (34). En este sentido, los definió como un gobierno de “notables” (45), lo que se puede vincular con lo planteado por Botana cuando sostenía que la oligarquía ha sido analizada como una “clase gobernante” integrada por actores políticos “notables”.

Cueto también considera la “oligarquía” como un grupo monolítico, y que a partir de la “presión de los inmigrantes comienza a provocar cambios básicos en la estructura social y política, al fortalecer una incipiente clase media y a sostener “el derecho a participar” (34), y que de este modo, no supo cambiar para perdurar lo que la llevó a su fin (6). Esta afirmación nos lleva a pensar que plantea este término de forma convencional, entendida como un grupo uniforme y compacto, en donde no se producían diferencias en el seno del grupo y tampoco ingresaban nuevos actores políticos.

En resumen, los autores que emplean en sus estudios la categoría de “oligarquía” en su mayoría, lo hacen de forma similar para referirse a un grupo reducido de actores proveniente de la “élite” que dominaron el poder político y controlaron la economía provincial durante el lapso que va desde 1880 a 1916 (excepto Mateu), lo que les fue posible gracias a sus vínculos sociales y parentales.

2. c. Clase hegemónica, clase dominante y sus variantes

En la historiografía local los autores citados no emplean la categoría de “clase hegemónica” como instrumento de análisis, sino que usan diversas variantes y como sinónimos de “élite” y “oligarquía”. De este modo, Cueto emplea el término de “grupo gobernante” como sinónimo de “élite política”, “no evita que se insista en que antes de ser rosistas son miembros del grupo gobernante” (27). Richard Jorba y Bragoni emplean la noción “grupo

dominante” (Richard Jorba 2010 1): “las estructuras familiares de los grupos dominantes de América Latina durante el siglo XIX, constituyeron, en parte los resortes estructurales de reclutamiento sociopolítico y económicos (Bragoni 1990 211).

En el caso de Mateu, denomina a los grupos que se encontraban en el poder durante la década de 1880 hasta 1916 como “sectores dominantes” (a diferencia de Richard Jorba y Cueto) y como sinónimo de tal, “clase dirigente”, pero sin aclarar que entiende por esta noción (271). Además, establece una composición de la sociedad basadas en estratos, que se estructuró a partir de esta época y estaba integrada también por los “sectores medios” y “populares” (266). De tal forma, resulta claro que el concepto que no adopta es el de “clase”, el cual puede implicar consideraciones más deterministas de las condiciones socioeconómicas que definen la pertenencia de los sujetos a ella, prefiriendo la de “sectores” que da cuenta de una mayor multiplicidad de identidades y criterios inclusivos y excluyentes a la hora de clasificar a aquéllos a los fines analíticos (Bottomore 127 131).

A modo de conclusión

Consideramos que emplear la noción de “oligarquía” en nuestra investigación reduce el campo de análisis, ya que nuestro interés está centrado principalmente en las prácticas y representaciones en torno de la muerte, y en el modo en que estas fueron modificadas (o no) por la influencia del proceso de secularización, por lo tanto, remitirnos a un grupo tan reducido no dejaría ver la complejidad del objeto ni le aportaría potencialidades explicativas a las modificaciones y/o continuidades que pudieran verificarse. Por su parte, la noción de “clase”, al tener una connotación más ligada a lo económico y a la tradición marxista que apunta a desentrañar no sólo el lugar de los actores en la estructura social sino la autoconciencia de su pertenencia y su potencia opresión, no es el enfoque que mejor se vincula con el abordaje que planteamos que es claramente sociocultural, que pretende dar cuenta de las transferencias y apropiaciones entre diversos grupos sociales de valores, normas y experiencias ligadas a la muerte.

Por esto, creemos que la categoría que mejor se adapta al estudio que nos hemos propuesto sobre las prácticas funerarias es la noción de “elite” empleada por Losada, ya que el autor, precisamente, hace un mayor foco en el capital sociocultural del grupo que puede definirse a partir de su forma y estilo de vida. Si bien para nuestra investigación no tomaremos todas las variables de análisis propuestas por el mencionado autor, sí emplearemos todas aquellas que hacen referencia a las pautas culturales y los ritos funerarios, y quizá ellas nos permitan enriquecer la misma definición de la elite local a partir de otras variables que no sean sólo las económicas y políticas tal como han sido consideradas hasta ahora, en general, por la historiografía local.

Consideramos que el abordaje del objeto de estudio desde el corpus documental heterogéneo que empleamos para nuestra investigación y que se basa en protocolos (testamentos, poderes para testar, testamentos post mórtem, codilicios), material visual (fotografías e imágenes), prensa y revistas (imágenes, avisos fúnebres, artículos), vestigios materiales (tumbas, elementos artísticos, fotografías), normativas (leyes, reglamentos, digestos) nos permitirá determinar nuevas variables de análisis.

Finalmente deberíamos reparar a la hora de emplear dicha noción que la “elite” porteña no era idéntica a la mendocina, ya que esta última, era más reducida y permeable al ingreso de nuevos miembros que poseyeran cierto capital económico, de este modo, se hace necesario matizar el concepto empleado por Losada.

© **Rosana Aguerregaray Castiglione**

Notas

¹ Este trabajo fue presentado en el seminario de posgrado “Política, sociedad y economía en la historia regional, primera mitad del siglo XX”, Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo, 2013. Se agradece a los docentes que dictaron el curso, y en especial, al Dr. Rodolfo Richard Jorba por sus comentarios, sugerencias y por el material brindado.

² “La muerte en Mendoza durante el siglo XIX y principios del XX: lo material y lo simbólico en las prácticas y rituales funerarios”, doctorado en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo, y aceptado en Octubre de 2012. Bajo la dirección de la Dra. Silvia A. Cirvini y codirección de la Dra. Eugenia Molina. Se agradece a la Dra. Eugenia Molina por sus sugerencias y orientaciones en el trabajo realizado, así como también, a Dra. Cecilia Raffa.

³ Losada señala que a partir de esta teoría hay dos líneas de estudios teóricos sobre las elites. Una primera, abocada a lo propiamente político (Robert Michels, Amorrortu), y otra que hace énfasis en el aspecto social, sin dejar de lado las cuestiones vinculadas a lo político (Tom Bottomore, Charles Wright Mills, Talcot Parsons) (Losada 2009 248).

⁴ El autor considera que las nociones de “elite” y “elites” han sido ya consensuadas en la historiografía que ha buscado renovar los estudios de los grupos de denominación en la Argentina. Señala como punto de partida el trabajo de Tulio Halperín Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla* (1972).

⁵ Losada utiliza el concepto de elite como sinónimo de alta sociedad.

⁶ Desde esta perspectiva menciona los trabajos realizados por Thomas F. McGann y Tulio Halperín Donghi.

⁷ Cita las labores de Mariano Grondona y Jorge Abelardo Ramos.

⁸ Menciona a Miguel Ángel Cárcano y Carlos A. Floria.

⁹ Cueto toma el concepto de “elites” en plural de Bidart Campos, el cual plantea que hay tantas “*elites según ámbitos de adscripción*” (10).

¹⁰ Se agradece al doctor Richard Jorba por facilitarme el artículo.

¹¹ Botana menciona el carácter crítico que posee el concepto de “oligarquía” realizando un recorrido de cómo ha sido utilizado e interpretado el término (74), por ello, su interés está centrado en desentrañar la dimensión política del orden oligárquico en la Argentina.

¹² Lucio Funes era miembro de las familias tradicionales de Mendoza y escribió un libro denominado *Gobernadores de Mendoza. La oligarquía*. El autor hace hincapié en que estas familias buscaban el bien y el progreso de la sociedad, a pesar de no atender a los pedidos del pueblo (Mateu 2004 281).

Referencias bibliográficas

BACHRACH, Peter. *Crítica de la teoría elitista de la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu, 1973.

BOTANA, Natalio. *El orden conservador*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1986.

- BOTTOMORE, Tom, dir. *Diccionario del pensamiento marxista*. Madrid: Tecnos, 1984.
- BRAGONI, Beatriz. *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*. Buenos Aires: Taurus, 1999.
- . "Signos de reconcimientto social de un grupo familiar elitista de Mendoza a través de las viviendas y sepulturas (1800-1930)". *Xama* 3 (1990): 211-220.
- BURNHAM, James. *Los maquiavelistas. Defensores de la liberta. Maquiavelo, Mosca, Sorel, Michels, Pareto*. Buenos Aires: Olcese, 1986.
- CUETO, Adolfo. "Elites: un poder que cambia para permanecer. Las elites políticas en la Historia de Mendoza. 1561- 1918". *Estudios Regionales* 19 (1998): 7- 51.
- LOSADA, Leandro. *Historia de las elites en la Argentina. Desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2009.
- . *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*. Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2008.
- MATEU, Ana María. "Entre el orden y el progreso (1880-1920)". En: ROIG, Arturo, LACOSTE, Pablo y SATLARI, María Cristina, comp. *En Mendoza a través de su historia*. Mendoza: Caviar Blue, 2004. 245-288.
- RICHARD JORBA, Rodolfo. *Empresarios ricos, trabajadores pobres. Vitivinicultura y desarrollo capitalista en Mendoza (1850-1918)*. Rosario: Prohistoria, 2010.
- RICHARD JORBA, Rodolfo y BRAGONI, Beatriz (1998). "Empresarios-políticos y el control del estado. Renovación en la élite y construcción de una economía regional en el marco nacional. Mendoza, Argentina. 1850-1890". *Historia y grafía* 11 (1998):13-38.
- SÁBATO, Jorge. *La clase dominante en la Argentina moderna formación y características*. Buenos Aires: Imago Mundi, 1991.